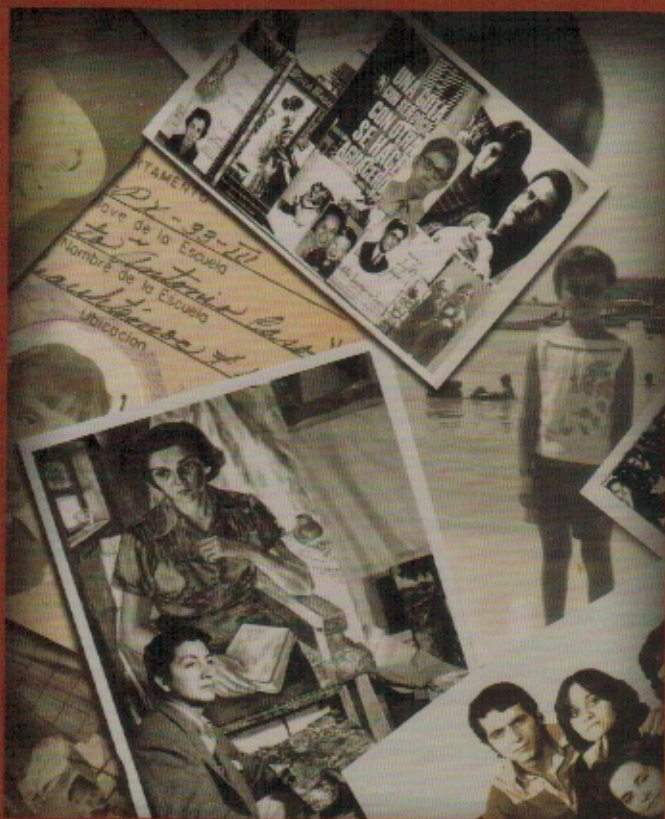


Enrique Montalvo
Carlos San Juan Victoria
(coordinadores)

Entre Siglos

Infancias



13

HETEROTOPIAS



CULTURA
SECRETARÍA DE CULTURA



EntreSiglos : infancias / Enrique Montalvo y Carlos San Juan Victoria, coordinadores. — Ciudad de México : Bonilla Artigas Editores, 2023

192 pp. : 17 x 23 cm. -- (Heterotopías : 13)
ISBN 9786078956104 (Bonilla Artigas Editores) (impreso)
ISBN 9786078956111 (Bonilla Artigas Editores) ePub
ISBN 9786078956128 (Bonilla Artigas Editores) (pdf)
ISBN 9786075398440 (INAH) (impreso)
ISBN 9786075398457 (INAH) (ePub)
ISBN 9786075398464 (INAH) (pdf)

- 1. Biografías
- 2. Sociedad -- siglo XX.
- I. Montalvo, Enrique, coord
- II. San Juan Victoria, Carlos, coord.

LC. CT205F DEWEY: 920.072 E

Los derechos exclusivos de la edición quedan reservados para todos los países de habla hispana. Prohibida la reproducción parcial o total, por cualquier medio conocido o por conocerse, sin el consentimiento por escrito de su legítimo titular de derechos.

EntreSiglos. Infancias

Primera edición: 2023

D. R. © 2023. Bonilla Distribución y Edición, S.A. de C.V.
Hermenegildo Galeana #111, Barrio del Niño Jesús,
14080, Tlalpán, Ciudad de México
editorial@bonillaartigaseditores.com.mx
www.bonillaartigaseditores.com

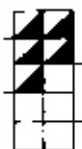
D. R. © 2023. Instituto Nacional de Antropología e Historia
Córdoba, 45. Col. Roma Nie., 06700 Cuauhtémoc, Ciudad de México
www.inah.gob.mx

ISBN 978-607-8956-10-4 (Bonilla Artigas Editores) (impreso)
ISBN 978-607-8956-11-1 (Bonilla Artigas Editores) ePub
ISBN 978-607-8956-12-8 (Bonilla Artigas Editores) (pdf)
ISBN 978-607-539-844-0 (INAH) (impreso)
ISBN 978-607-539-845-7 (INAH) (ePub)
ISBN 978-607-539-846-4 (INAH) (pdf)

Ciudad editorial: Bonilla Artigas Editores
Responsable de la edición: Lorena Murillo Saldana
Diseño de portada: D.C.G. Jocelyn G. Medina
Diseño editorial: D.C.G. Saul Marcos Castillejos

Impreso y hecho en México

Introducción.	
La infancia figurada.	
Los años cincuenta en la memoria.	
Ocho relatos	
▶ <i>Enrique Montalvo y Carlos San Juan</i>	11
Un apunte para la memoria	
▶ <i>Jaime Bali</i>	15
El paso del aguador y los cantos escolares	
▶ <i>Jorge Fernández Souza</i>	31
Un mundo pequeño dentro del grande	
▶ <i>Enrique Montalvo Ortega</i>	57
Un crisol de vidas y recuerdos	
▶ <i>Maya Lorena Pérez Ruiz</i>	77
Los pasos ligeros	
▶ <i>Claudia Mónica Salazar Villave</i>	99
Memorias de la patria perdida	
▶ <i>Carlos San Juan Victoria</i>	117
La pantalla mágica: postales de una infancia	
▶ <i>Ilán Semo</i>	141
Una infancia en libertad	
▶ <i>Claudio de Jesús Vadillo López</i>	165



Un crisol de vidas y recuerdos

MAYA LORENA PÉREZ RUIZ

*El mundo se hizo para
que los niños fueran felices*
Jorge Luis Borges

Aujourd'hui, maman est morte escribió en 1942 Albert Camus en *L'Étranger*, una novela en la que su personaje principal fue condenado a muerte por no llorar y tomar café con leche durante el velorio de su madre. Lei la devastadora frase cuando tenía 15 años. Acababa de morir mi padre y en la preparatoria tomaba clases de francés. Hoy, 27 de junio de 2022, al morir mi madre, Aurora Ruiz Germán, a los 92 años, retorna el sonido cadencioso de esa frase con su filosófico significado en español. Ausencia irreparable que remueve los recuerdos y me arroja al álbum familiar que ella tozuda y consistentemente alimentó.

Salidas de un brumoso pasado, no siempre esclarecido, las fotografías se suceden en tono sepia, siguen en blanco y negro y el color emerge hasta el crecimiento de sus cinco hijos, los protagonistas centrales del testimonio de su vida. Sobre nosotros, con su genial sentido del humor, decía habernos comprado: a Alba Irujo, en Nueva Italia, donde abundan los güeros de rancho; a Maya Lorena a una turista gringa; a Itzia Emma a una guare de la sierra; y a José Morelos en el mercado de Paracho. Al único que no compró fue a Emanuel Tacamba, quien fue encontrado, como Moisés, a la orilla de un río, que en Uruapan no podía ser otro que el Cupatitzio. En nosotros se evidencia el mestizaje: los genes indígenas nos vienen de los parientes de Paracho (de apellido Rubio) y se nota en un Pepito moreno, lacio y de ojos achinados; los españoles se advierten en Emanuel, con nariz recta, pelo ensortijado y cejas

abundantes; mientras que los alemanes nos llegan del bisabuelo Hermann (German en el apellido de mi madre), que se expresan en mi altura y mi nariz de respingo, así como en Ireri, con quien comparto el color claro de la piel y los indisciplinados mechones rubios y rojizos del pelo. Con la evocación generosa de las fotografías es como tejeré la microhistoria de mi infancia.

En el claroscuro de sus siluetas, los bisabuelos parecen estampas de viejo cuño, salidas de películas o libros antiguos; los siento lejanos con sus poses tiesas, sus ropas anacrónicas, sus entornos desconocidos y sus gestos neutros ante la toma de una placa fotográfica en la que debían borrar cualquier circunstancia o sentimiento. En cambio, de los abuelos sí conozco sus historias y los evoco mediante recuerdos míos o que me fueron implantados.

De la abuela Soledad Germán, nacida en la Ciudad de México a principios del siglo xx, hay algunas fotografías que lucen su juventud a la moda charlestoniana de los años veinte, dándole realidad a los recuerdos almacenados por mi madre durante sus primeros 12 años de vida; época que compartió también con su abuela, una mujer que se ocultaba para leer novelas de caballería, aunque sin dejar de ir a misa y ser una fiel y devota creyente. Ese tiempo feliz terminó cuando su madre murió en un hospital de la Ciudad de México. Nunca pudo explicarnos por qué estaba allí sin ningún adulto responsable y sólo recordaba cuando el cirujano le comunicó que su mamá había muerto y debía llamar por teléfono a sus familiares. El miedo y la incredulidad la hicieron correr hacia la sala de operaciones y fue allí, frente al halo de luz blanquecina y fría, donde la encontró rodeada de instrumentos quirúrgicos, que se prometió estudiar Medicina para luchar contra la devastadora e injusta muerte que cambió su vida. Para ella lo que siguió fue la soledad de los internados y las casas de huéspedes, condición impuesta por su padre, un errante aviador y luchador social, incapaz de asumir su cuidado con cercanía.

Del abuelo José M. Ruiz Méndez hay un buen número de imágenes, en que se le ve montado sobre su avión militar. En 1934 porta su uniforme de gala como piloto de la Fuerza Aérea Mexicana, y luego, durante 1937 y 1938, porta el uniforme de la aviación militar de la República Española; recuerdos de cuando estuvo en España luchando en su favor. Y no es que fuera español ni descendiente directo de españoles, porque él era oriundo de Taretan, un pueblo cañero de Michoacán; sólo que, como muchos de su generación, era republicano, además de socialista e internacionalista, y como tal sentía que era su deber ir a combatir a los monárquicos y a los fascistas, quienes ensayaban

en la península ibérica lo que sería su avance por el resto de Europa durante la Segunda Guerra Mundial.

Algunas veces, mientras tomábamos el fresco de la tarde-noche en el porche de su casa en Apatzingán, el abuelo, al ritmo de las mecedoras, nos contaba la parte alegre de sus peripecias en aquellas tierras, porque de sus batallas, de sus duelos por los compañeros caídos, nunca nos habló. En la penumbra abanicada de esas charlas supimos que le decían "El Mexicano", que era muy hábil para derribar los aviones fachos y que alguna vez, en plena guerra, unas mujeres agradecidas lo invitaron a comer un estofado de conejo que acompañaron con una hogaza de pan y una botella de vino tinto. ¡Sólo que al despedirse advirtió que había desaparecido el gato!, compañía permanente de las anfitrionas. Esta parte de su relato le causaba tal contento que a continuación entonaba las canciones emblemáticas de los republicanos en la guerra civil española, empleando como tambor su panza sin camisa. Hasta muchos años después, cuando exploraba el archivo de papeles de mi madre, supe que el abuelo, por ser militar mexicano, al participar en la guerra de aquel país debía evitar un conflicto diplomático, de allí que tuvo que asumir la identidad de Humberto Castillo, un aviador español muerto en combate. De parte de México lo supo el general Lázaro Cárdenas y en España contó con la anuencia de las autoridades de las Fuerzas Aéreas Españolas, bajo las órdenes del Ministerio de Aviación y Marina. Al no participar en las brigadas internacionales, sino del ejército regular de la República Española, como lo muestra un documento perfectamente firmado y sellado, tuvo que renunciar a sus derechos como ciudadano mexicano; además de que donó su salario íntegro a la República. En la bitácora de vuelo, que se le entregó como reconocimiento cuando regresó a México, sí aparece su verdadero nombre y están señaladas las batallas en las que participó, enlistados los aviones enemigos derribados.

Con este abuelo, y con su esposa, a quien llamábamos la tía Sara, los hermanos pasábamos las vacaciones largas de diciembre. Me recuerdo, a los seis o siete años de edad, subida, junto a mi hermana Ireri, en un autobús de la línea Tres Estrellas rumbo a Apatzingán. Mi madre nos recomendaba con el chofer y viajábamos aguantando el calor y las mareadoras curvas que conectaban Uruapan con la Tierra Caliente. Nada de aire acondicionado y, en cambio, sí el agobio de una gran variedad de sudorosos y ácidos olores. Casi tres horas duraba el trayecto hasta llegar a la terminal de autobuses, desde donde caminábamos hasta su casa que, para más señas, estaba junto a la fábrica de hielo.

La casa, con un jardincito en la entrada y un porche amueblado con sillas aireadas y un par de mecedoras, era para nosotras un lugar misterioso. Al entrar a la sala una enorme piel de felino servía de alfombra y, detrás del sillón principal, colgaba de la pared un cuadro de Lázaro Cárdenas montado a caballo, pintura hecha por mi padre por su cercanía con el General, quien le encomendó que pintara un mural en el Parque Nacional Barranca del Cupatitzio. La decoración era intimidante y, para conjurarla, jugábamos a picarle los ojos al tigre. Varias veces me recuerdo tocando con la punta de los dedos los afilados colmillos del magnífico animal, tal vez para imaginar la magnitud de su mordida. En la planta baja, se ubicaba la cocina, el comedor y dos habitaciones, aunque lo mejor era el patio posterior que albergaba una enorme pileta rebosante de agua fresca, donde pasábamos las horas más terribles del calor. Arriba estaba la terraza con hamacas, otro de los lugares de refugio: sólo que para llegar hasta allí había que pasar por una habitación, depósito de cosas viejas y polvorientas: un megáfono antiguo, discos de 78 revoluciones y una multitud de cacharros, imposibles de identificar, contribuían a darle el misterio que nos atraía tanto como nos arrojaba de allí. Alguna vez mi madre nos contó que, entre ese revoltijo de recuerdos, encontró los goggles ensangrentados del mejor amigo del abuelo, muerto en combate contra los fascistas españoles.

Para nosotros el abuelo, a quien llamábamos Papá Pepe, era un hombre serio, autoritario y hasta gruñón que, sin embargo, hacía su mejor esfuerzo para entretenernos. Con frecuencia nos llevaba a las albercas de Parícuaro, un edén de exótica composición, alimentado por briosos manantiales y árboles de raíces majestuosas. En el camino nos deteníamos en Antúnez, en la Escuela Práctica de Agricultura, donde el tío Salvador Lemus era subdirector. Este tío, casado con la tía Concha, había sido compañero de los hermanos de mi abuelo, Emigdio, Jesús e Ildefonso, de apellido Ruiz Bejar, cuando estudiaban en la Escuela Central Agrícola de Michoacán, creada por Plutarco Elías Calles en 1926, y conocida como La Huerta —una de las normales rurales que participaron activamente en la Federación de Estudiantes Campesinos de México, aliada al Partido Comunista y en abierta lucha contra el fascismo—, y desde entonces fueron compañeros de muchas batallas: lucharon en contra de los hacendados, organizaron sindicatos agrarios, impulsaron el reparto de tierras y fundaron el ingenio azucarero Lázaro Cárdenas. En 1950 el tío Emigdio fue asesinado por los caciques, debido a su importancia como líder. Desde muy joven había sido miembro de la Confederación Revolucionaria Michoacana

del Trabajo y luego fue fundador de la Federación Revolucionaria Regional de Trabajadores Obreros y Campesinos Lázaro Cárdenas. Fragmentos de esa historia la escuchábamos en las conversaciones familiares, y se hacían patentes cuando visitábamos Taretan, y la gente con asombro nos decía: "Así que ustedes son familia de los Ruiz."

Pasear por los alrededores de Apatzingán era una aventura distinta, aunque no menos apasionante. Uno de los recorridos predilectos del abuelo era visitar su rancho, por los rumbos de Tepalcatepec, donde estaba La Majada, una especie de laguito en medio de los sembradíos de mangos y limones. Allí nadábamos en compañía de sus perros y, no pocas veces, vimos huir de nosotros a los hurraños caimanes, dueños legítimos de ese espejo de agua rodeado de achaparrados arbustos espinosos y de rocas donde las iguanas, de colores casi eléctricos, tomaban el sol. Abundaban, además, parvadas de güilotas, pajarillos que se acostumbraba cazar para que acompañasen las enchiladas placeras por las noches.

Otra cosa que nos gustaba hacer con Papá Pepe era ir a la plaza a saborear machacados de frutas sobre hielo, mientras bajo la sombra de los enormes árboles tropicales escuchábamos a los músicos rancheros tocar su repertorio de balonas de la Tierra Caliente, con su tamborileo magistral del harpa grande. Otro momento especial era el 22 de octubre, cuando se hacía el gran desfile en honor a la Constitución de Apatzingán de 1814. Nos encantaba asistir porque en él desfilaban los "encuerados", o sea, los guardias rurales que iban montados a caballo, ataviados con trajes de gamuza. Con sus llamativas chaparreras, relucientes espuelas y viejos fusiles, parecerían salidos de los libros de texto en los que podíamos ver al generalísimo Morelos y a sus allegados de comando. Encabezaba la marcha mi abuelo con su uniforme de gala como capitán de la Fuerza Aérea Mexicana. Cuando ya tenía mayor entendimiento, le pregunté por qué se había quedado como capitán, sin llegar a rangos más altos, y él, con aire acongojado, me explicó que como militar había aprendido dos cosas: la obediencia obligada a sus mandos superiores y su deber de defender a la patria. Sólo que México estaban cambiando y pronto lo obligarían a disparar no en contra de los invasores extranjeros, sino de su pueblo, y él no quería hacerlo ni tampoco deseaba ser un desertor. Y tuvo razón, porque poco después sucedió la confrontación armada en Madera, en 1965, luego la represión del 66 en Morelia y después la del 68 en la Ciudad de México.

Otro punto relevante de mis recuerdos es que este abuelo fue el responsable indirecto de mi nombre. Sí, porque Maya no lo tomaron mis padres de

las culturas prehispánicas, sino de un libro, *Cuentos del norte*, que le trajo a mi madre cuando regresó de España. Allí, en *El velo de la Sífide*, la protagonista se llama Maya, y la niña Aurora se prometió que cuando tuviera una hija le pondría ese nombre. Y lo hizo conmigo, su segunda hija, de modo que, en otra casualidad destinal, yo resulté idéntica a la niña dibujada en el libro cuando tenía su edad; aunque debo decir que, más tarde, ya como antropóloga, pude conciliar mi nombre europeo con el mexicano y me fui a trabajar durante varios años con los mayas de Yucatán.

De mis abuelos paternos, Ramón Pérez Espinoza y Felicitas Coronado Rubio, existen pocas fotografías: tal vez tres o cuatro, en el contexto de alguna comida familiar. Los recuerdos de ellos, sin embargo, son también vívidos y divertidos, porque era en su casa donde pasábamos un buen número de fines de semana y algunas vacaciones obligadas por el nacimiento de mis nuevos hermanos. De este abuelo recuerdo sus enormes manos de hombre rudo y trabajador. Era mecánico automotriz, pero de alma infatigablemente libre, así que pronto se hartó de trabajar para otros y se lanzó a la aventura de conseguir terrenos para sembrar en la Tierra Caliente de Michoacán. Poco lo veíamos, pero con periodicidad mandaba cargamentos de sandías que debían venderse. Se almacenaban en la entrada de la casa en una especie de terraza que mi abuela Felicitas llamaba *hall*, tal vez por los años en que vivió en Estados Unidos acompañando a su esposo en sus andanzas como constructor del ferrocarril que cruza ese país de este a oeste y viceversa. De las sandías, debían venderse sólo las maduras, así que, con cara circunspecta, con el dedo índice les hacíamos toc-toc en la superficie y luego las "calábamos" (les hacíamos un hoyo) para probar su dulzor. Ignorantes como éramos en esas lides, no fueron pocas las que debimos esconder para evitar los regaños.

La casa de estos abuelos era un sitio con insondables tesoros y misterios. Para nosotros era un sitio mágico su enorme y estrecho terreno, sembrado de flores, árboles de capulín, naranjas y guayabas, y donde había una enorme enredadera de chayotes cuyas gútas se usaban como techumbre para darle sombra a la mesa que se colocaba para las comidas familiares. Allí nacían dos manantiales: uno a flor de suelo que, con lentitud hacia nacer el agua para convertir el pozo en un lugar encantado, rodeado de helechos y hojas gigantes; y el otro, enérgico, brotaba incontenible para llenar un estanque, que se desbordaba en chorro por una fuente, para luego correr, con sus aguas limpias, por un canal hasta la casa de enfrente, donde una prole de chiquillos encuerados estaba siempre jugando.

Para llegar a nuestro vergel familiar los hermanos caminábamos primero hacia la avenida Juárez y desde allí bajábamos por El Arenal para cruzar el río Cupatitzio sobre un puente de madera, similar al de las estampas de los niños que cruzan un pasadero movedizo bajo el cuidado de su ángel de la guarda. Y así nos sentíamos al caminar por las maderas viejas y las callejuelas, tan lejanas del centro de la ciudad y tan cerca del panteón municipal. Entonces nos creíamos inmunes al peligro y nos movíamos con absoluta libertad.

¡Plap!, ¡plap! se escuchaba al entrar a la colonia donde vivían los abuelos, habitada mayoritariamente por tejedores de cambayas, un tipo de manta de algodón de colores llamativos hecha en telares de pedal. Al transitar por sus calles sin pavimentar, debíamos saltar por charcos rojos, azules y amarillos, formados por los escurrimientos salidos de las casas donde se cardaba el algodón y se teñían los hilos. En ese extravagante lugar, un sitio importante era el ojo de agua; un hoyanco público de cuya pared del fondo nacía un chorro de limpiísima agua fresca. Todos los días éramos las niñas quienes bajábamos entre el lodo y las rocas para llenar nuestras ollas con esa cristalina agua potable.

Visitar a la abuela Felicitas era simplemente genial. Vivía con ella nuestra prima Catalina Vega Pérez y no pocas veces coincidíamos allí con nuestros primos hermanos Pérez Lemus: Arturo Tonatiuh, Augusto Cuauhtémoc y Héctor Cuitláhuac, con quienes formábamos una pandilla ingobernable. Trepábamos en los árboles, nos íbamos a explorar los campos cercanos sembrados de zanahorias y lechugas y, como máximo placer, nadábamos en el estanque a mediodía. Una de nuestras tareas era lavarlo y, al vaciarlo, encontrábamos una buena cantidad de chapos (de camarones de río) que gustosos cocinábamos dentro de una lata. La abuela era poco cariñosa pero paciente, así que una de las pocas cosas que nos prohibía era subir a los tapancos de la casa donde, nos decía, habitaban los tlacuaches que nos podían morder y “pegarnos la rabia”. Nosotros conocíamos esos animalejos sólo por la canción de Cri-Cri, en la que uno de ellos compraba y vendía cachivaches que cargaba en un costal. Algunas veces intentamos subir a buscarlos, pero siempre pudo más la precaución que la curiosidad. Y resquemor nos causaban también los relatos de la abuela o de la tía Chita, la hermana de mi padre, cuando nos acostábamos y se apagaba la luz. Desde la sensación fría de no ver nada, imaginábamos al Charro Negro, a la Llorona, o al descabezado que nos jalaría los pies si nos portábamos mal. En ese ambiente era una aventura peligrosa salir a la noche para ir al baño, ya que ante la ausencia de drenaje debíamos caminar entre senderos de tierra, con la tenue luz de una lámpara de mano, hasta llegar al escusado de pozo, debajo

del cual corría un riachuelo proveniente de los terrenos aledaños en los que se sembraba verdura. Y allí, en colectivo, porque la banca de madera, que fungía como escusado, tenía cuatro hoyos, dos grandes y dos pequeños, nunca faltaba alguien que gritara: "¡Allí viene la mano peluda!" y salíamos despavoridos sin concluir el menester que nos había conducido al lugar.

Al recordar a la abuela Felicitas aún puedo sentir el olor de su saliva, cuando masticaba sal para colocarla sobre los chipotes y las picaduras de las apáritas, gusanos peludos conocidos como azotadores en el centro de México. Esa época concluyó en 1964, cuando ella murió por una gangrena mal tratada. Ya viudo, el abuelo Ramón partió para Baja California en busca de sus parientes; uno grupo de michoacanos que colonizó una parte cercana de Ensenada, bajo el auspicio de Lázaro Cárdenas. En el momento de la dotación, el ahora Ejido Eréndira, estaba ocupado por contrabandistas de alcohol desde la crisis mundial del 1929; así que los colonos tuvieron que pelear contra ellos para tomar posesión de sus tierras. Tiempo después, en 1991, cuando decidí viajar a Baja California para buscar al abuelo Ramón, lo encontré con una hija muy joven que lo cuidaba. Al verlo reconocí el parecido entre él y mi hermano Emanuel. Vivía en un remolque, rodeado de parientes de apellido Pérez. Todos eran muy altos y trabajadores. Las mujeres, de pantalón de mezclilla y camisa de cuadros, manejaban los tractores para preparar la tierra, mientras sus esposos se iban a "chambear al otro lado". La generación joven trabajaba en una empacadora japonesa de carne de erizo. La parentela me invitó a comer y me interrogó a profundidad. Querían saberlo todo de mí y de mi papá, ya que durante su peregrinar a Uruapan, la tierra de origen, se habían enterado de que había sido un alamado pintor. Después del interrogatorio, el jerarca del grupo me abrazó y con gran orgullo exclamó: "¡Sí, se nota que tú también eres Pérez!"; y yo por primera vez me sentí orgullosa de mi apellido, generalmente denostado cuando se dice que alguien es sólo "un Juan Pérez" para indicar que carece de importancia. Allí, en cambio, ser Pérez era un honor y debía de trabajarse duro para portar con dignidad el apellido.

Hasta aquí la remembranza de los abuelos. Y, sin embargo, sería injusto no mencionar aquí a otros abuelos que también nos brindaron enseñanzas. Se trata de los padres de Pachita, nuestra nana de origen purépecha, casi nuestra madre sustituta, quien en muchas ocasiones nos llevaba a "su rancho", por allá, por los potreros del rumbo de Caltzontzin, donde trabajaban como cuidadores. En aquel caserón, sin luz eléctrica, sembrado con naranjos en el patio, con cuartos llenos de rastrojo y con penetrante olor a vaca, tomábamos

leche cruda recién ordeñada y nos acurrucábamos frente al fogón cuando anochece para escuchar las historias que contaba ese abuelo, iluminado su rostro por los chispazos rojos de su cigarrillo. Hablaba con la memoria puesta en lo que vivió y escuchó que le contaban, alrededor de un fuego similar, rodeado por la misma oscuridad de una pobreza antigua. De él escuchamos fábulas como la de "El perro y el coyote", las historias del diablo vestido como rancharo rico, con pantalones negros y adornos de plata, y que, como todos los hacendados, era engañador y asesino de campesinos pobres, quienes regresaban como aparecidos para ejercer su venganza. Cuando la noche crecía y el frío era insoportable, nos mandaban a dormir, a compartir cobija con chiquillos que, como nosotros, olían a infancia y a sudor de tierra. Durante el día, con ellos corrteábamos por los alrededores sembrados de trébol, alimento de vacas y toros, de los que huíamos al haberlos molestado. Corríamos hacia un río calmo, de orillas agrestes y húmedas, para lanzarnos desde las añosas y retorcidas ramas de un árbol, gritando como Tarzán, el hombre de la selva.

De aquella abuela, de trenzas largas, falda plisada, y con rebozo y delantal, recuerdo las tortillas recién hechas, la hilera de los frijolitos que comíamos en tacos, la salsa de molcajete para compensar lo escaso del relleno, y el oloroso caldo de gallina recién beneficiada. Comida austera, gentileza de aquella gente jornalera que generosa nos acogía y nos cuidaba como si fuéramos familia. De Pachita sí tenemos algunas fotografías, pero no de esos abuelos de los que sólo pervive el recuerdo de sus manos fuertes y de su piel con surcos como de tierra fértil.

Ojos grandes, una piel que se adivina apañonada y un cuerpo saludable y regordete se ve en la primera fotografía de mi madre, cuando tenía seis meses. Siguen las que le tomaron en el pueblo de Tacubaya, una por año. De ellas sobresalen dos, una a los cinco años y otra probablemente a los diez, en la que aparece sonriente al lado de su mamá, que dicen que tenía ojos verdes, pelo rojizo y una piel tersa y sin pecas. De su adolescencia hay unas pocas fotografías. En algunas se le ve con sus tías maternas y en otras con sus primos hermanos, pero en todas están presentes las huellas de su orfandad. Mejor cara tiene en las imágenes de la época en que llegó a Morelia, luego de cursar la secundaria militarizada en Ensenada. Eran los tiempos de la Segunda Guerra Mundial y su papá, como miembro de la Fuerza Aérea Nacional, vigilaba las costas del Pacífico en busca de embarcaciones japonesas. Cuando lo trasladaron a Yucatán, en 1946, éste decidió dejarla en Morelia, al cuidado de

una familia muy conservadora. En la Universidad de San Nicolás de Hidalgo estudió la preparatoria y luego la carrera de Medicina.

En alguna foto se le ve con falda de tablonés a media pierna, tobilleras y zapatillas bajas, como parte de la escolta en el desfile del 30 de septiembre, en la conmemoración del natalicio de José María Morelos y Pavón. Como parte de los festejos se realizaba el gran baile anual, amenizado por la orquesta de Luis Arcaraz, y fue en uno de esos bailes que recibió su primer beso, que, según su descripción, fue suave y romántico: "como debe ser. Y no como los de ahora en que parece que los novios se succionan uno al otro", me explicó mi madre risueña, en una de las últimas entrevistas que le hice para escribir, en honor suyo, uno de mis cuentos favoritos: *El patio de cantera rosa*.

Su ingreso a la universidad no fue fácil. Ella y su amiga Chayo eran las únicas mujeres estudiantes de Medicina y sufrieron el maltrato de sus compañeros y profesores, convencidos de que estaban allí sólo para encontrar marido. Pronto se desengañaron al comprobar que no sólo eran las mejores estudiantes sino también las más valientes. Festiva, nos contaba cómo, una tarde, estaban ellas, más tres de sus compañeros, en el anfiteatro para realizar la autopsia de un hombre que había sido asesinado. Éste tenía el brazo izquierdo extendido y, para que no entorpeciese el trabajo, se lo doblaron hacia el pecho, colocando un ladrillo sobre la mano, y empezaron la disección. Era ya noche cuando el ladrillo se resbaló dándole el muerto un inusual manotazo al estudiante que observaba sus intestinos. Y fue él, más los otros dos hombres, quienes vociferaron de terror y no dejaron de correr hasta que estuvieron en la calle.

Siguen las fotografías de mi padre, Manuel Pérez Coronado. Se le ve con cara de niño grande en su uniforme de la Secundaria Federal de Uruapan, de la que fue uno de sus fundadores, lo mismo que de su periódico estudiantil. Desde entonces escribía y dibujaba caricaturas, sin que por ello dejara de irse de pinta al manantial de la Rodilla del Diablo, a sacar las monedas que arrojaban lo turistas y a robarse la fruta de las huertas. Al terminar la secundaria, con algunos pesos y el apoyo esporádico de su madre, se lanzó a estudiar en la Academia de San Carlos, en la Ciudad de México, de la que se salió para ser ayudante de Alfredo Zalce en la realización de algunos de sus murales y para apoyarlo, además, en el establecimiento de talleres de enseñanza de artes plásticas. De ese periodo no hay fotografías, pero sí existen algunos dibujos suyos y sus libretas; materiales con los que, en el año 2010, en coautoría con Arturo Argueta, publiqué el libro *Manuel Pérez Coronado. Dibujos y bocetos*.

Sobre cómo se conocieron mis padres, ella nos contó varias veces la historia. Sucedió cuando estudiaba en la universidad y se hizo entrañable amiga de Arturo Pérez Coronado, con el que pasaba interminables horas de estudio, aunque nunca solos, sino en compañía de otros estudiantes, con quienes se reunían a la luz de un farol en el parque que rodea la catedral de Morelia, único lugar donde sin prejuicios podían estar juntos hombres y mujeres durante una noche completa. Allí ensayaban las respuestas que tendrían que dar en sus exámenes sobre músculos y huesos humanos. Culminación de una ardua tarea, realizada con el apoyo de voluminosos libros y contando, y recontando, los huesos de los esqueletos que cada uno guardaba como podía. Aurora guardaba los del difunto que estudiaba en una caja de cartón debajo de su cama, hasta que un día un perro indiscreto corrió por el vecindario con su fémur en el hocico, ante el despavorido grito de las mujeres que se encontraba. La camaradería entre ellos se fue arraigando hasta que llegó el día en que Arturo se hizo novio de Eleazar, la mejor amiga de mi madre, quien estudiaba Enfermería; así que, para que pudieran salir juntos, ésta le preguntó si acaso no tendría un hermano que le presentase y él, complacido, condujo a las amigas a la Escuela de Artes Plásticas donde Manuel daba clases.

La primera vez que salieron los cuatro fue en 1950, para asistir a una sesión del Grupo Morelos, donde departían, entre otros, Eli de Gortari, Jaime Labastida, Alfredo Zalce, Alfonso Espitia y los hermanos Pérez Coronado. En el Michoacán de los años cincuenta prevalecía la herencia de las misiones culturales, de la educación socialista, del cardenismo y de las luchas anticlericales, que menguaba frente al avance de políticas gubernamentales opuestas a los logros de la Revolución mexicana, situación que generaba inquietud entre los profesores y estudiantes de la universidad, quienes se reunían para analizar la situación y fraguar respuestas de oposición al conservadurismo. En la fotografía que captura la solemnidad de esa tarde de análisis y debate político, la incipiente pareja ocupa el primer plano. Buen poeta y excelente cantante, además de buen dibujante y colorido pintor, lo que siguió entre ellos se plasma, no en las imágenes del álbum familiar, sino en las apasionadas cartas y poemas que Manuel le envió a Aurora, a quien llamaba "Prietita linda".

En la fotografía de su boda civil, en 1952, se les ve muy jóvenes, él con cara de adolescente a punto de sazonar, ella con el pelo a los hombros, como diva al estilo de María Félix. Se casaron sin el permiso de su padre, quien argumentó que ella todavía no terminaba su carrera; aunque mucho de su rechazo debe de haber sido porque su prospecto de yerno era un pintor de futuro incierto

y familia humilde. El abuelo se equivocó y ella se lo demostró al recibirse con honores en 1954. Para su luna de miel los recién casados viajaron en tren hasta el sureste de México. Las fotografías los muestran en Veracruz, Villahermosa y Chichén Itzá. De ese viaje se conservan varios dibujos de mi padre sobre las mujeres mayas, vestidas de hipil junto a niños todavía con mandil blanco y alpargatas de cuero. Luego de la boda éste se fue a Pátzcuaro como grabador del Centro de Cooperación Regional para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe, y ella se quedó en Morelia para concluir sus estudios.

Frente a las fotografías en que Aurora, con su uniforme blanco, muestra su incipiente embarazo, evoco las anécdotas en torno a cómo realizó sus prácticas de pasante en el Hospital Civil. Allí fue fundamental la solidaridad de sus compañeros, al ayudarlo a cuidar a su primera niña, al grado que Ireri aprendió a caminar de la mano de Nachito, el eterno y platónico enamorado de mi madre. De él mi hermana guarda una moneda, labrada con su nombre, testimonio de ese amor que no pudo ser.

Son varias las fotografías de estos primeros años de matrimonio. Manuel aparece pintando paisajes y retratos, o con la gubia de grabado sobre el rostro de un Morelos, un Hidalgo, un Zapata o de un José Guadalupe Posada, imágenes que ejemplifican el espíritu libertario y creativo que tuvo desde niño. Además que de esta época es su libro *Huachito y los viejitos*, que ilustró con 44 grabados que muestran, con belleza y dignidad, las aventuras de un niño purépecha en Pátzcuaro, cuento que escribió con la intención de luchar contra el analfabetismo, el racismo y la discriminación, imperantes desde entonces en las tierras michoacas.

Las anécdotas contadas por mi madre nos la mostraron siempre como una mujer fuerte, decidida y cumplidora, capaz de vencer las adversidades impuestas por un mundo acotado por los hombres. Su tesón y valentía se hizo evidente, por ejemplo, cuando, recién graduada, y viviendo ya en Uruapan, casualmente conoció al doctor Rivadeneira, un alto funcionario llegado de la Ciudad de México, y éste, al adivinar su arrojo, le propuso hacerse cargo del primer programa de salud materno-infantil en Michoacán. Ella aceptó de inmediato y, a la semana siguiente, recibió el equipamiento necesario para instalar una unidad médica, que incluía una flamante camioneta con todos los implementos para ir de pueblo en pueblo en busca de embarazadas y parturientas. Quizá su mayor frustración sucedió cuando su profesor de Psiquiatría, entre todos los de su generación, la escogió para becarla y se fuese a estudiar a La Castañeda, en la ciudad capital. "Excelentes psiquiatras hay muchos, pero

madre de mis hijos sólo hay una", se dijo, guardándose el corrosivo dolor de no poder seguir ese camino.

Cuando nuestra familia llegó a residir al Distrito Federal, se propuso estudiar medicina nuclear con el propósito de resolver su falta de especialización, y nunca la vi más contenta que en esa ocasión. Sólo que nuevamente su sino trágico se impuso y, en 1970, antes que concluyera sus cursos, se accidentó junto a mi padre; éste falleció y ella quedó maltrecha para siempre. Aun así, con peritonitis y múltiples fracturas, se impuso vivir. Y fue gracias a su conocimiento médico que se autodiagnóstico y logró, con su insistencia, que su amigo, el doctor Carlos Escalante, llegara desde Uruapan para operarla, en contra de la voluntad de las monjas del hospital de Celaya que insistían en llevarle sólo al cura para que le diera la extremaunción. De modo que, después de múltiples operaciones, usando muletas y luego bastón, regresó a trabajar como médico del Instituto Mexicano del Seguro Social para darnos sustento y una carrera profesional a sus cinco hijos.

En estricto orden cronológico, y todavía en imágenes en blanco y negro, se registra el nacimiento y primeras andanzas de nosotros, los cinco hijos de Manuel y Aurora. Yo nací en 1955 y, en mi primera fotografía, a los tres meses, estoy dentro de una carriola con cara de sorpresa, tal vez por seguir viva luego de un parto difícil por llevar al cuello una doble circular del cordón umbilical. Al año se registra mi primera sonrisa y me veo feliz dentro de una fuente en el estrecho jardín de la casa de Papa Pepe. Siguen varias fotografías más en las que luzco la expresión predominante en mis fotos: como si me hubieran quitado un dulce o como si por obligación regresara del mundo nebuloso que habitaba, de un limbo de encantos que no puedo recordar.

A mi madre le gustaba contar que, cuando tenía dos o tres años, durante el desayuno, la tortilla que sostenía en mi mano caída —como si no supiera donde colocarse mientras yo volvía de mi extravío— me era robada por un audaz pato que me rondaba para obtener comida gratis. El mismo gesto se repite al posar vestida de holandesa (a los cuatro años) junto a una cabra y cuando, con una enorme flor en la cabeza y un amplio vestido de tul, voy sobre un carro alegórico para festejar la primavera (a los cinco años). Y la tengo otra vez a los 11 años, cuando, con un elegante vestido de lunares rojos, estoy parada junto al estanque de la abuela Felicitas, en una de las comidas que se hicieron bajo la enramada de chayotes y que yo recuerdo como una de las más felices. Y entonces, ¿a qué venía ese mohín de niña desolada o tal vez vagamente reflexiva?

La misma cara de titere triste tengo en la gran mayoría de mis fotografías, sin que yo me recuerde especialmente compungida o melancólica. Es cierto que muchas veces me recuerdo entregada a pensamientos que iban más allá del momento de la toma fotográfica, aunque no necesariamente triste. Entonces, ¿a qué esa cara? Alguna vez mi madre me encontró llorando frente al espejo y al preguntarme por qué, yo le confesé que era sólo un ensayo para cuando ella se muriera. ¿Era únicamente teatro? ¿Una manera de defenderme o una anticipación?

Un intrépido analista dirá que el origen de esa tristeza simulada está en mi posición como segunda hija. Sentencia tal vez cierta, porque los padres no tienen la misma actitud, el mismo cuidado ni la misma paciencia con el o la primogénita que con los hijos siguientes, además de que la relación entre hermanos tampoco es un campo de margaritas bañado por el sol. Por ejemplo, entre los recuerdos sembrados en mi memoria está el de que yo era el juguete de mi hermana mayor y ella me ponía en el cuello un cinturón, yo metida en la andadera, para jalarme como a un perro por los corredores de la casa, además, que en no pocas ocasiones me echaba chorros de agua fría sentándome en el lavadero. Pero aun así yo no debía sufrir tanto porque, según contaba mi mamá, yo, aunque morada y tiritando de frío, luego de un rato al fin podía murmurar: "Me guta. Me encanta". Es cierto que mi hermana, con temperamento de volcán en erupción, sí que se divertía cuando me caí —o ella me tiró, no sé— de la lancha en que paseábamos en la presa de Caltzonitzin, y mientras ella se reía a carcajadas, yo, con peinado de palmerita y la misma cara de fatalidad, apenas alzaba la cabeza para respirar. Y continuó igualmente feliz cuando mi padre se lanzó al agua para rescatarme y ella tiró sus zapatos para verlos navegar como barquitos.

Yo era pácifica pero no pasiva, así que de mi venganza tengo una cicatriz en la barbilla. Eso sí lo recuerdo bien porque fue cuando me tropecé ante su grito de: "¡Ya viene tras de ti la muerte calaca!", ella se echó a correr y yo terminé con la cara estrellada en un escalón. La sangre no dejaba de fluir y, embravecida, la acusé de haberme empujado. La castigaron y yo, desde la silla "perica" donde me curaban, lo disfruté enormemente.

Sin embargo, debo decir que entre nosotras no todo era difícil y la solidaria hermandad prevaleció en muchas circunstancias. Por ejemplo, cuando en un viaje a la costa de Michoacán nos metimos a nadar en un río y caímos en una hondonada de la que no lográbamos salir, dadas las corrientes contradictorias de las aguas del río. En esa ocasión viajábamos en el desgastado Jeep de mi

padre y nos detuvimos en una amplia ribera de arenas blancas para revisar el motor. El problema surgió cuando éste, al abrir el cofre, se quemó el pecho con el agua hirviendo que brotó del radiador, así que ni él ni mi madre, entretenida en atenderlo, se percataban de nuestra situación crítica dentro del río. En esas condiciones, Ireri y yo, iluminadas por el mejor de nuestros instintos de sobrevivencia, en lugar de ahogarnos una a la otra, decidimos apoyarnos: ella se hundió hasta tocar suelo y desde allí tomó fuerza para saltar y empujarme para que yo respirase, y luego yo, como su aprendiz, hice lo mismo; y en ese subir y bajar estuvimos un buen rato, hasta que ellos adivinaron que lo nuestro no era un juego y mi padre se lanzó al agua para salvarnos.

Nunca gritamos ni nos desesperamos. Nunca una pretendió salvarse a costa de la otra, como expresión de la constante solidaridad entre hermanos que hemos tenido ante los accidentes y avatares que nos ha tocado vivir. Una camaradería aprendida de forma natural, aderezada, o tal vez fundamentada, por una condición de vida que nos hizo saber que en familia todo podía resolverse para lograr que nuestras vidas trascurriesen de manera segura. Así, como parte de ese aprendizaje intuitivo, de la más grande al más chico, en par o en bola, y sin ningún temor, nos arrojábamos al agua en cuanto río o laguna encontrábamos, incluso sin saber que debíamos aprender a nadar. Y la misma naturalidad nos orientó para subimos por primera vez en una bicicleta y pedalear sin problemas, justamente porque nunca nadie nos dijo que primero debíamos aprender a hacerlo.

La regla con mi madre era simple. Si teníamos tos y gripe, y teníamos enfrente un río, de aguas generalmente heladas, al meternos a nadar o nos curaríamos o nos enfermaríamos más y entonces sí ella tendría motivos para atendernos. Si nos calamos o nos raspábamos debíamos llamarla, o ir a verla a la clínica donde trabajaba, si la herida era profunda o mayor de tres centímetros. De lo contrario, nosotros éramos los responsables de lavarnos con jabón y ponernos alcohol o meriolate. Ese sentido de responsabilidad y de saber atendernos resultó crucial cuando Pepito, nuestro hermano menor, se luxó un brazo jugando en un parque y, espontáneamente, Emanuel se lo acomodó antes de llevarlo a casa para que yo lo llevara a la Cruz Roja. En esa época nuestra madre estaba internada en el hospital, con graves fracturas después del accidente en que murió papá, y no había que preocuparla.

La serenidad, el razonamiento, el acompañamiento —jamás alaridos histéricos, arañazos o golpes— los pusimos a prueba durante el primer accidente grave que tuvimos. Fue en 1968. Íbamos de vacaciones a Islas Mujeres y, sa-

liendo de Villahermosa, falló el Ford 200 en que viajábamos. El volante dejó de funcionar y luego de varias oscilaciones caímos en una zanja llena de agua. Mi madre e Ireri se fracturaron la columna vertebral, y pese a eso mi madre le cedió a mi hermana el lugar en la ambulancia, mientras ella se sentaba al lado del chofer del camión lleno de cerdos que nos auxilió a los demás.

La ecuanimidad ante los problemas se puso a prueba desde años antes, el día en que Pepe y yo no pudimos acompañar a la familia que se fue a pasear a la cascada de la Tzataracua. Él, de tres años, porque tenía calentura, y yo, de diez años, porque convalecía de la operación en que me quitaron las anginas. Aburridos por el encierro, nos acompañábamos acostado en la cama grande de mis padres, cuando de repente él empezó a convulsionar. Temblaba, los ojos se le voltearon hasta vérselo sólo la parte blanca del globo, respiraba con dificultad con la boca abierta y estaba cada vez más morado. Y yo, al darme cuenta, desde mi adolorida garganta, a gritos llamé a Pachita, la nana purépecha que nos cuidaba, para que fuera de inmediato a la tienda de la esquina a comprar paletas heladas y ponérselas en la cabeza para bajarle la fiebre. Todavía nos reímos cuando nos acordamos de cómo ella, eficiente y comedida, detuvo su carrera para preguntarme de qué sabor debía comprar las paletas.

Nuestra infancia la vivimos con gran libertad y sin televisión. Por las mañanas íbamos a la Escuela Federal Ignacio M. Altamirano, instalada en el centro, en un bellissimo edificio colonial de dos pisos y dos patios, con amplísimas escaleras y pisos y paredes de barro. Un edificio, con el que todavía sueño, y que fue destruido por la modernidad depredadora, que en Uruapan ha arrasado con innumerables construcciones históricas. En la primaria, todos los lunes hacíamos honores a la bandera y, antes de iniciar clases, nos daban tortas de frijoles y una leche aguada como parte de la Alianza para el Progreso impulsada por J. F. Kennedy en 1961 y concluida en 1963, con su asesinato. A falta de una cooperativa escolar, durante el recreo vendíamos galletas saladas con salsa picante, en beneficio de los profesores que así complementaban sus salarios; además de que, al final de clases, era nuestra responsabilidad barrer los pisos de lozas de barro y dejar limpio nuestro salón.

De hacer tareas en casa poco sabíamos. En general las tardes las dedicábamos a jugar en las huertas de nuestro barrio. Allí iniciábamos cruentas batallas de lodo, jugábamos beisbol, al bote, a las escondidas, a la matatena o a las canicas (de barro porque las agüitas de cristal eran casi inexistentes), o incluso nos dedicábamos a construir juguetes, como los "gallitos" para bádminton, que construíamos con las mitades de los huesos de aguacate a los que les en-

cajábamos una pluma de guajolote en medio. También hacíamos volar a los mayates (escarabajos) amarrados con un hilo; o atrapábamos las palomitas de San Juan que salían con las primeras lluvias.

Algo que también nos gustaba hacer era escaparnos a la casa vecina, donde por 10 centavos nos alquilaban las historietas de *Chanoc*, *Memin Pinguin*, *Archi*, *Los Supersabios*, *La familia Burrón*, las románticas de Susy, las de príncipes y princesas, las misteriosas de *El Santo*, *Tawua* y *Rarotonga*, y las no menos extrañas de *Aniceto* y *Hermelinda*. Cuando no teníamos dinero, cambiábamos el alquiler de las historietas por el permiso de que las muchachas de esa casa fueran a moler, en nuestra licuadora, las salsas para las enchiladas, tacos y tostadas, que vendían por las tardes. Ésas no eran nuestras únicas lecturas, pero las disfrutábamos tanto como *Las fábulas de La Fontaine* y *El libro de nuestros hijos*, una enciclopedia juvenil en las que leímos la *Iliada*, la *Odisea* y *El diario corazón de un niño*, de Edmundo de Amicis.

¿Sabíamos cuidarnos o vivíamos con la felicidad de la ignorancia? Puede verse de cualquier manera. Nuestra verdad era que vivíamos la infancia con la certeza de que nada malo iba a sucedernos, así que lo mismo nos subíamos a los árboles que caminábamos haciendo equilibrio sobre las bardas. Porque intrépidos sí éramos, y eso se multiplicó cuando nos hicimos amigos de la familia del ingeniero Islas, que vivía a dos cuadras de nuestra casa, en el barrio de La Magdalena. Con las cinco hermanas Islas formamos una pipiolera de escuincles en la que la mayor tenía 13 o 14 años y la más chica cuatro. De parte nuestra, las tres hermanas participábamos en la palomilla, a la que ocasionalmente se sumaban nuestros dos hermanos chicos. En bola nos íbamos a las orillas del barrio, por donde pasaba el río Cupatitzio, a cazar mariposas o a cosechar zarzamoras silvestres, y no pocas veces nos atrevimos a husmear en las "cuevas de los mariguanos", sitios explícitamente prohibidos porque eran lugares donde algunos jovenzuelos iban a esconderse para fumar o beber. Pero quizás lo más peligroso que hacíamos era cuando, en abierto reto a nuestro temor, nos tomábamos de la mano para caminar sobre los estrechos tubos de agua que corrían paralelos a un canal de vigoroso afluente, mientras 20 metros más abajo corrían las alborotadas y escabrosas aguas del río Cupatitzio.

No recuerdo que ningún adulto nos preguntara alguna vez por lo que hacíamos por las tardes. En nuestro caso, mi padre viajaba todo el tiempo o se ensimismaba en su taller cuando estaba en Uruapan, en tanto que mi madre trabajaba dos turnos como médico: uno en Salubridad y otro en el Seguro Social, así que cuando ella llegaba a casa nos encontraba bañaditos y en pijama,

listos para merendar e irnos a la cama para, a oscuras, escuchar las radionovelas de *Chucho el Roto* y *El Ojo de Vidrio*, porque las aventuras de *Kalimán* y de *San Martín de Porres* las escuchábamos después de comer. Pero algo de nuestra vagancia sí debe de haber sabido nuestra madre, porque en algún momento, a las tres hermanas nos inscribió en una academia donde aprendíamos ballet y danza folclórica. En el álbum están las fotografías donde bailamos *El lago de los cisnes* y *El jarabe tapatío*. Para ir a esas clases tomábamos un camión urbano que nos llevaba al centro, pero para el regreso preferíamos caminar las 25 cuadras hasta la casa, con el propósito de gastar los 20 centavos en una gordita de nata y un vaso de cebadina. Varias veces perdimos a Itzia, tan impetuosa como Ileri. Pero ella, aunque pequeña, supo cómo regresar a casa.

Darán algunos que ésa era una curiosa o irresponsable forma de educarnos y, sin embargo, eso forjó en nosotros maneras de hacer, decidir y ser responsables. Recuerdo cuando en las mañanas alguno no quería ir a la escuela y mi madre, viéndolo para tocarle el alma, le decía: "Esta bien, no vayas. Es tu responsabilidad", y nunca fallaba. El increpado no podía soportar las implicaciones de su decisión y de inmediato se alistaba para salir a tiempo. Claro que no todo era miel sobre hojuelas y sufrimos también los castigos por nuestros berrinches y rabietas; así que cuando, al salir de la habitación donde nos regañaban, azotábamos la puerta, mi madre nos hacía regresar para abrir y cerrarla cien veces. Y allí estábamos uno, dos, tres y en el 99 volvíamos a azotarla. Y ella nos obligaba a repetir el ejercicio, uno, dos tres, hasta el 99, sólo que la segunda vez, en el 100 nos cuidábamos de cerrar la puerta con cuidado.

Si me pidieran caracterizar mi infancia a través de sensaciones y colores, diría que fue húmeda, verde y azulada, con manchones de colores naranjas y magentas, además de que olería a pan de horno de leña y a ráfagas de libertad; cruzado el ambiente, sin embargo, por huecos oscuros de soledad, porque, es verdad también, que la padecíamos, posiblemente por la incapacidad de los adultos de asomarse a lo que nos sucedía de niños, como exploradores de la vida. Y no es que no hablaran con nosotros, porque mucho nos contaron de sus vidas, pero sin mencionar aquello sustantivo, como inseguridades y temores, que acontecía entre nosotros, en una reproducción añeja de lo que seguramente ellos vivieron al prevalecer más la obediencia que la comunicación.

La ajenidad y la incertidumbre las empezamos a identificar cuando en la escuela nos comenzaron a ver como extraños porque no íbamos a misa los domingos; cuando a escondidas de mi padre, mi madre tuvo que obligarnos a hacer la primera comunión; cuando en la calle los niños ricos, desde sus auto-

buses escolares, nos gritaban ¡comunistas! y cuando fue patente que la buena sociedad nos excluía de sus ambientes y festines.

Las clases sociales existían y, aunque mi madre, como médico, ocupaba una posición importante, era mal vista porque ella, en las reuniones sociales, prefería platicar con sus colegas médicos antes que con las damas de la buena sociedad. Y ni qué decir de mi padre que como pintor era reconocido y sus obras compradas por políticos, profesionistas y gente adinerada, pero también era temido por sus ideas socialistas, por hacer crítica política en la prensa, por editar, escribir y grabar el periódico *Calaveras* en noviembre, por viajar a Cuba varias veces como "invitado por la Revolución", así como por becar a muchachos pobres para que estudiaran en su taller donde les enseñaba a pintar y a esculpir. Varios testimonios he registrado de personas que siendo niños tenían prohibido acercarse a ese artista, hijo del diablo, con el que podían tropezarse en cualquier lugar: pintando en el Parque Nacional o en las calles empedradas de los barrios o vendiendo sus cuadros en la plaza, como si de un mercado popular se tratase. Ésa, más otras razones no explícitas, nos hicieron salir de Uruapan en 1967 para radicar definitivamente en la Ciudad de México.

Esta etapa de mi infancia concluyó al terminar la primaria, cuando conocí el rechazo social, mi cuerpo cambió y comencé a sentir las miradas de acoso en las calles. De esa época, sin embargo, quedaron tatuados en lo más profundo de mi identidad valores y sentimientos sustantivos que me fueron transmitidos con hechos, pero también en lo que me lo platicaron los adultos en los atardeceres y las noches, cuando se abrían al relato, la confesión y los recuerdos. Una oralidad echada al vuelo como imágenes de tonalidades ocre y violetas, como sentires dulces, aunque otros no tanto. Voces flotantes a la luz de los fogones campesinos o del olor de la cocina, o del cuarto de planchado, o del run run de los tropezones de una brecha incierta, de una carretera interminable. Voces del viento con ritmo y cadencia de secreto revelado, capaces de trascender el tiempo y forjar mucho de lo que fui después.

Con nuestro arribo a la Ciudad de México se abrió una etapa cargada de nuevos retos. El principal, incorporarse a una ciudad en crecimiento de la que se decía que, en ella, te podían robar los calcetines sin quitarte los zapatos. Con el cambio de ciudad perdimos libertad y por primera vez padecí el miedo. Miedo de salir a la calle, de ir sola a la panadería o al mercado, de ir y regresar de la secundaria.

Nuestra casa en la colonia Molino de Rosas era linda, y recién remodelada, pero no tenía patio ni huerta donde jugar. En plena adolescencia, el tiempo de las tardes se me hizo eterno y conocí el aburrimiento. Los primeros días en la secundaria fueron difíciles, no tenía amigos y en general los chicos hablaban de fútbol y las chicas de las telenovelas, y nosotros seguíamos sin televisión, quedando excluidos de toda conversación. Por fortuna, poco a poco, me hice de dos amigos y una amiga, con la que formamos un cuarteto inseparable. Con Jaime, Raúl y Chabela conocí los tacos de cabeza y las quesadillas de huitlacoche, y regresaba caminando a casa. Pasábamos las tardes inventando qué hacer y compartimos varios paseos de fin de semana, gracias a la paciencia de mi madre, que los adoptó como si fueran sus hijos. Además, conocí a Nuria, mi vecina de enfrente, y la vida en la colonia se me hizo más fácil. Con ella iba a comparar leche bronca al establo de la colonia y supe lo que era salir por el pan.

La Escuela Secundaria N° 10, que está en Mixcoac, era más bien popular y la mayoría de mis compañeros tenían las clásicas manchas blancas de la desnutrición en la cara y brazos. Eso me lo hizo ver uno de mis compañeros que, teniendo el Colegio Madrid a una cuadra, hizo un sesudo análisis social: "No es que las muchachas del Madrid sean más bonitas que las de la Secundaria 10. Lo que pasa es que aquéllas están mejor alimentadas", nos dijo, y tenía razón. En la ciudad la pobreza era diferente a la de Uruapan y el resentimiento se expresaba de forma distinta. Allá, en la mirada baja y humilde de los indios y los campesinos, cuyos rostros, sin embargo, daban la impresión de no padecer hambre. Aquí, se notaba en el altanero enojo —y arrojo— de la gente pobre de las calles y el transporte público, lo mismo que en los cuerpos famélicos y la ropa sucia de los limosneros y vendedores ambulantes. Algo de la violencia de clase se vivía cotidianamente y daba miedo.

En 1968, ante la expectativa de ver las Olimpiadas, llegó a casa la televisión, y con ella las caricaturas y la música que se escuchaba en el naciente canal 13. Sin embargo, mi familia vivía la cercanía de los juegos olímpicos de forma diferente. Mi padre, seguramente en compañía de Jaime Labastida, Eli de Gortari, Sol Arguedas y Daniel Rubén de la Borbolla, participaba en el descontento, enseñándoles a los estudiantes a elaborar carteles mediante su técnica de grabado en cera parafina. Además de que él formó parte del colectivo de artistas plásticos que pintaron el mural efímero construido sobre las láminas que cubrían la ruina de la estatua de Miguel Alemán, ubicada en la explanada central de la Ciudad Universitaria y destruida por los estudiantes.

Mi madre, en cambio, estaba fascinada con la idea de ese evento mundial y de las actividades culturales que se anunciaban espectaculares. Yo, desde esa zona gris del inconsciente, percibía las diferencias sin poder comprender sus consecuencias. Llegó el 2 de octubre y con la masacre de estudiantes se evidenciaron aún más las discrepancias. Mi madre le reprochó a mi padre su activa participación que lo ponía en peligro y mi padre le reprochó a mi madre su conformismo. Él se recluyó en sus viajes fuera de la ciudad para esconderse de la persecución policiaca, mientras nosotros, junto a mi madre, vimos los juegos olímpicos por televisión y corrimos tras los deportistas y los actores de los espectáculos para conseguir autógrafos.

A partir de allí la historia se acelera.

En 1969, mis padres viajaron por Europa y yo concluí la secundaria.

En 1970, esperaba los ocho meses que había entre salir de la secundaria e ingresar a la preparatoria. Durante ese ocio interminable leí *La madre* de Máximo Gorki, *Así se templó el acero* de Nikolai Ostrovski, *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas, *Oficio de tinieblas* de Rosario Castellanos, *La huella del Tata* de Sergio Jiménez Benítez, *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, *Canasta de cuentos mexicanos* y *la Rebelión de los colgados* de Bruno Traven, *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y la versión completa de *Las mil y una noches*; además, cumplí 15 años.

Para mi festejo yo quería viajar a París y mi padre me apoyaba; mi madre quería un festejo tradicional y fue ella la que ganó. Mi madrina de bautizo me regaló un *tedeum* al que por fuerza tuve que asistir y, para compensar la derrota, le pedí a mi padre un retrato, que inmortalizó el ridículo vestido con que me atavié para el festejo. Llegó diciembre y con él otra vez la fatalidad. Mis padres decidieron ir a Ensenada a visitar al abuelo Ramón, que estaba enfermo. El 27 tomaron un autobús y el 28, día de los Santos Inocentes, recibimos la noticia. Se habían accidentado. Dos días después mi padre falleció y yo dejé de creer en Dios.

Por mi atrevimiento fui castigada con varias sesiones con el sacerdote de la iglesia de mi colonia. Yo me negaba a creer en un ser divino, pero perverso, que permitía la bomba atómica, la guerra en Vietnam y la existencia de personajes siniestros como Nixon, mientras decidía la muerte temprana de un artista humanista y comprometido con causas sociales, como mi padre. El cura, con habilidad, me dio a leer el libro de *Marx* y *la Biblia* de Porfirio Miranda, mientras me daba sendos sermones sobre Méndez Arceo y la teología de la liberación. Luego de varias sesiones de intensa discusión, mi ateísmo ganó,

a pesar de la teatralidad con que, desde el púlpito, este hombre con sotana negra me declaró su amor. En la última llamada por teléfono a mi casa, entre lamentos y sollozos, el sacerdote me prometía colgar los hábitos si yo aceptaba irme con él.

Con la muerte de mi padre, con la convicción de no creer en Dios, y al no dejarme seducir por el hombre que lo representaba en la Tierra, se acabó lo que quedaba de mi infancia y concluyó mi breve atisbo a los sentires ingenuos de la adolescencia, para adentrarme de lleno en la turbulencia de la juventud. Más, ¿quién decide cuándo es el momento para retornar a esa época en la que viví el asombro con naturalidad y alegría?

Acaso este breve relato sea una forma de recrear y reinventar la infancia, a la luz de lo que alguna vez soñé y, al final, pude ser.



Los ocho ensayos que integran este libro ejecutan un género tan impredecible como lo puede ser el de los relatos de infancia. Impredecible en un doble sentido. Por lo general, creemos saber aproximadamente quienes fuimos; pero una vez que empezamos a hurgar en ese pasado descubrimos de improviso que sabemos muy poco. O, lo que es lo mismo: que no sabemos casi nada. No se trata simplemente del necesario e inevitable olvido, ni tampoco del paréntesis que crece día con día entre nosotros y ese pequeño otro que juega de manera despreocupada en algún rincón del tiempo. La imagen que nos hacemos de la infancia está entrecruzada por un haz de vivencias suprimidas o desplazadas, que nuestra mente ha recubierto con metáforas y guiños que nos apartan de ellas. Convertidos en una suerte de involuntarios arqueólogos de nuestra propia existencia, el pasado aparece como una zona del asombro, y el súbito reencuentro con esas vivencias puede prestarse a las más inveteradas consecuencias. Este libro habla de ese asombro.

La niñez de tres de sus autores transcurre en el sureste del país; otra corría en los vergeles de Uruapan, varios son ciudadanos impregnados de recuerdos de otras regiones, uno es parte de una insólita familia migrante y uno más jugó en las secas tierras del Golán. En cierta manera, cada ensayo es una versión monográfica de la vida en México en los años cincuenta. La diversidad de las existencias que consignan justifica toda sospecha sobre la imagen convencional de un país que era unitario y monocolor. Tratan de infancias que transcurren en el inicio del "milagro económico" y del momento en que el orden autoritario alcanza su mayor despliegue, pero los niños habitan mundos ligeros, próximos, cargados de libertades, riesgos y alegrías. En rigor, narran un mundo que ha desaparecido casi por completo, y acaso en ello estriba su riqueza. No porque recobran un pasado, una tarea tan subjetiva como lo dicta toda memoria individual; sino porque nos muestran, de la manera más ineludible e íntima, que lo verdaderamente impredecible es la versión que nos aguarda del tiempo que ya fue.

